

EN EL PASO DEL QUINDIO

ALEXANDER VON HUMBOLDT

El Quindío se considera como el paso más penoso de la Cordillera de los Andes. Es un bosque tupido, completamente inhabitado que aun en la estación más propicia del año, no puede ser atravesado sino al cabo de diez o doce días. No se encuentran en él albergues ni alimentos, y los viajeros se proveen en cualquier estación de víveres para un mes, pues ocurre con harta frecuencia que los deshielos y la repentina crecida de los torrentes los hacen escasear, pues no llegan ni del lado de Cartago ni del de Ibagué. El punto más alto del camino, la Garita del Páramo, se encuentra a tres mil quinientos cinco metros sobre el nivel del mar. Como el pie de la montaña hacia la ribera del Cauca, no supera los novecientos treinta y seis metros, se disfruta allí de un clima término medio muy suave y moderado. El paso a través de la cordillera es tan estrecho que su anchura usual no supera los tres a cuatro decímetros y gran parte se parece a una galería abierta, excavada en la roca. En esta parte de los Andes, como en casi todas, la roca está cubierta por un grueso manto de arcilla y los arroyuelos que bajan de la montaña han cavado gargantas de seis a siete metros de profundidad en él. Estas gargantas que el camino atraviesa, están llenas de cieno y su oscuridad es acentuada por la espesa vegetación que crece en sus bordes. Los bueyes, animal de carga empleado comúnmente en estas regiones, sólo logran avanzar a duras penas por estas galerías, cuya longitud puede llegar hasta dos mil metros. Si se tiene la mala fortuna de tropezar con estas bestias de carga, no queda otra solución para apartarse de su camino que retroceder por el sendero, o trepar por la escarpa de la garganta y asirse de las raíces salientes de los árboles que crecen en lo alto.

En octubre de 1801, mientras viajábamos por el Quindío a pie, con nuestros instrumentos y colecciones cargados sobre doce bueyes, soportamos muchas penurias por las constantes lluvias regionales a las que estuvimos expuestos durante los últimos tres o cuatro días del descenso de la ladera occidental de la cordillera. El camino conducía a través de un territorio cenagoso cubierto de cañas de bambú. Las púas con las cuales están armadas las raíces de esta gigantesca herbácea,

destrozaron de tal manera nuestro calzado que nos vimos obligados a caminar descalzos, como todos los viajeros que rehusan ser transportados a lomo de hombre. Esta circunstancia, la constante humedad, la longitud del camino, la fuerza muscular que se necesita emplear para transitar sobre un terreno arcilloso compacto y barroso y la necesidad de tener que vadear torrentes muy profundos de agua en extremo helada, hacen la travesía por demás penosa. Sin embargo, a pesar de estas molestias en grado sumo, no encierra los peligros con que el pueblo crédulo asusta al viajero. Por cierto, el sendero es angosto, pero son muy raros los lugares donde asa por abismos. Como los bueyes siempre meten sus extremidades en las mismas huellas, se origina una serie de pequeños pozos que cortan el camino y entre ellos se forma una elevación de tierra muy estrecha. Cuando la lluvia arrecia estos diques quedan anegados y el paso del viajero se torna doblemente inseguro, pues ignora si está apoyando el pie en el dique o en el pozo.

Son muy pocas las personas de rango acostumbradas a transitar a pie por estos fatigosos caminos, bajo condiciones climáticas tan diversas durante quince a veinte días. Por consiguiente, es usual hacerse llevar por hombres provistos de una silla atada a sus espaldas. Dado el actual estado del paso por el Quindío sería imposible recorrerla en mula. Por esta razón, en este país se habla de viajes sobre la espalda de un hombre (andar en carguero), del mismo modo que en otras partes se habla de un viaje a caballo. El oficio de carguero no se considera denigrante y quienes lo practican no son indios sino metis (mestizos) y a veces blancos. A menudo, presenciamos estupefactos en medio de la selva discusiones entre hombres desnudos dedicados a este menester tan deshonesto a nuestros ojos, porque uno le negaba al otro que aseguraba tener piel más blanca, el altisonante título de Don o Su Merced. De ordinario, los cargueros transportan seis o siete arrobas (setenta y cinco kilos de peso) y algunos son tan robustos que pueden cargar nueve arrobas. Si consideramos el enorme esfuerzo que estos desdichados deben realizar durante ocho a diez horas cada día en esa región montañosa, si tenemos en cuenta que acaban con deformaciones del dorso como los animales de carga, que a menudo los viajeros son terri-

blemente crueles cuando ellos enferman y capaces de dejarlos tirados en medio del bosque, más aún, que en un viaje de Ibagué a Cartago de unos quince hasta veinticinco o treinta días, no ganan más de 12 a 14 pesos (unos 60 a 70 fr.) nos cuesta comprender que la gente joven y fuerte, radicada al pie de esta montaña, acepte libremente el oficio de carguero, el más arduo de todos los que puede elegir el hombre. Sólo el afán de llevar una vida de vagabundeo, aparentemente más libre y la idea de una cierta independencia en los bosques les hace preferir esta ocupación fatigosa a los trabajos monótonos de la ciudad donde se ven obligados a permanecer sentados.

Ahora bien, el paso de la cordillera del Quindío no es la única región de América del Sud donde el hombre viaja sobre la espalda de un semejante. Por ejemplo, toda la provincia de Antioquia está rodeada de montañas, tan difíciles de escalar que aquellos que rehusan confiarse a la destreza de un carguero y no son lo bastante fuertes para cubrir a pie el camino de Santa Fe de Antioquia a Boca de Mare o hacia el río Samaná, no pueden abandonar el lugar. Conocí a un habitante de esta provincia, dotado de un cuerpo extraordinariamente voluminoso. Sólo halló dos metis capaces de llevarlo a cuestras y si cualquiera de sus dos cargueros hubiera muerto durante su estada a orillas del Magdalena, en Mampós o en Honda, le hubiera sido imposible regresar a su patria. Los jóvenes de Chocó, Ibagué y Medellín que se dejan usar como bestias de carga son tan numerosos que a veces se encuentran filas de cincuenta a setenta de ellos. Hace unos años, cuando se proyectó mejorar el camino desde la aldea Nare a Antioquia para el tránsito de mulas, los cargueros hicieron toda clase de objeciones y el gobierno fue demasiado blando para rechazarlas. Además, en las minas mexicanas emplean un elemento humano que no tiene otra ocupación sino llevar a otros hombres sobre su espalda. En esas zonas de clima ecuatorial los blancos son tan indolentes que todo director de mina tiene a su servicio uno o dos indios, a quienes llama sus "caballitos". Todas las mañanas se hacen ensillar y apoyados sobre un pequeño bastón, el cuerpo inclinado hacia adelante, llevan a su amo de una parte a otra de la mina. Los caballitos y los cargueros se distinguen por su destreza y se recomienda

a los viajeros usar los servicios de los de pies seguros y paso suave y parejo. Realmente, resulta muy doloroso oír hablar de las cualidades de un hombre, con expresiones empleadas para ponderar las cualidades de los caballos y las mulas.

Quienes se hacen transportar sobre la silla de un carguero, deben permanecer varias horas sentados en la mayor inmovilidad, con el cuerpo inclinado hacia atrás pues el menor movimiento haría tropezar a quien los lleva y una caída en esos lugares es tanto más peligrosa cuanto que el carguero confiado en su pericia elige a menudo las escarpas más abruptas o atraviesa un río de la selva caminando por una angosta y resbaladiza rama de árbol. Sin embargo, los accidentes son muy raros y cuando ocurren son más bien atribuibles a la imprudencia de los viajeros. A menudo los asusta un paso en falso de su carguero y se arrojan de sus sillas.

Al entrar en la cordillera de Quindío, cerca de Ibagué, en un punto llamado el Pie de la Cuesta se ofrece a la vista una región muy pintoresca. El cono truncado del Tolima, cubierto de nieves perpetuas, que recuerda por su forma al Cotopaxi y al Cayambe, se asoma por encima de un macizo de rocas graníticas. El pequeño río Combeina que mezcla sus aguas con las del río Coello, serpentea por un angosto valle y se abre camino a través de un palmar. En el fondo se divisa una parte de la ciudad de Ibagué, la gran cuenca del Magdalena y la cadena oriental de los Andes. Cuando se llega a Ibagué y se inician los preparativos para la expedición se encarga cortar en las montañas vecinas algunos centenares de hojas de vijao. Es esta una planta de la familia del bananero, un nuevo género lindante con el de la *Thalia* que no debe confundirse con la *Heliconia bihai*. Las hojas de vijao, coriáceas y brillantes como las de la musa, tienen forma ovalada, cincuenta y cuatro centímetros de largo y treinta y siete centímetros de ancho. La superficie inferiores de un color blanco plateado y la cubre una sustancia harinosa que se desprende en escamas. Este curioso barniz les permite soportar prolongadas lluvias. Una vez recolectadas, se les hace un corte en la nervadura central por donde se las colgará cuando se monte el techo portátil, luego se las extiende y enrolla cuidadosamente formando un cilindro

compacto. Para cubrir una choza capaz de albergar seis u ocho personas se necesitan cincuenta a sesenta kilos de hojas. Al llegar a un lugar adecuado en medio de los bosques, de suelo seco, donde se piensa pasar la noche, los cargueros cortan algunas ramas de árboles que disponen en forma de carpa. En pocos minutos esta liviana armadura es dividida en cuadrados con lianas y fibras de agave separadas entre sí unos tres a cuatro decímetros. Entretanto, se habrán desenrollado las hojas de vijao y varias personas se ocupan de sujetarlas sobre el enrejado al que finalmente cubren como tejas. Estas chozas son muy frescas y cómodas aun cuando se las confecciona muy a prisa. Si el viajero descubre de noche una gotera, no le será menester sino señalar el lugar por donde se filtra la lluvia y una sola hoja bastará para subsanar el inconveniente. En el valle de Boquia pasamos varios días bajo una de estas tiendas vegetales sin mojarnos, aun cuando la lluvia era muy persistente y casi interminable.

La cordillera de Quindío es una de las regiones más ricas en plantas útiles y curiosas. Allí encontramos la palmera *Ceroxylon andicola*, cuyo tronco está cubierto con una cera vegetal, pasionarias arborescentes y la preciosa *Mutisla grandiflora*, cuyas flores escarlatas tienen una longitud de dieciséis centímetros. La palmera de cera alcanza la increíble altura de cincuenta y ocho metros y el viajero queda sorprendido de encontrar una planta de esta especie en una zona casi fría y a más de dos mil ochocientos metros sobre el nivel del mar.